

Una obra maestra del arte poético: “El transeúnte”

Escribe: ENRIQUE SANTOS MOLANO

Alguna vez oí decir que Rogelio Echavarría había monopolizado los espacios críticos de la prensa nacional y extranjera. Tanto se ha escrito acerca de su libro *El transeúnte* del cual, caso insólito en nuestro medio, se habla todavía año y medio después de haberse publicado.

No empecé a que, por ser mi compañero de trabajo, tengo trato casi cotidiano con Rogelio Echavarría, cuando comencé a leer *El transeúnte*, se me olvidó que Rogelio era mi amigo, con quien converso sobre cosas baladíes en el ascensor, en las oficinas o en la armada de *El Tiempo*, lugar donde ambos solemos pasar nuestros ratos de ocio. Pues digo que, en terminando el primer poema, *Seguro de su*

sombra, me dio la sensación de que estaba leyendo la obra de un maestro de la poesía. Pensé en Walt Whitman, en los vates árabes de *Las mil y una noches*, en Pablo Neruda, en Edgar Allan Poe. No porque quiera decir que la poesía de Rogelio Echavarría es imitación de la de aquellos, sino porque la evoca. Los poemas de Echavarría son originales; pero esto es lo que menos importa en ellos. Su esencia está en el profundo sentido de la humanidad que los distingue. Son nuevo canto al amor, tan extraordinario, si se quiere, como *Los 20 poemas de amor* de Pablo Neruda. Y como *Las hojas de hierba* de Walt Whitman, un treno social, un grito rebelde, de incalculable belleza.

*En el agua del sol que humedece la primavera,
en el agua del agua que llueve,
en el agua desesperada de la sed
y en la definitiva marea que te invade,
no sabe el llanto infinito de tus ojos su cauce,
desvelado en la noche y el día
lentamente esperando. (Seguro de su sombra).*

El llanto del poeta no es propiamente un llanto; es algo más hondo, más desesperado, que no sabe-

mos definir. Y, sin embargo, allí no hay amargura, o, por lo menos, no queda esa sensación

*...se que todos luchan solos
por lo que buscan todos juntos.
Son un largo gemido
todas las calles que conozco (El transeúnte).*

No, definitivamente no es amargura, sino ironía lo que se desprende de estos versos. Sin crudezas se pueden decir muchas cosas que por verdaderas nos hieren. Esa solitaria lucha por algo que todos anhelamos, valga decir, ese egoísmo, seguramente afectó a los tiempos pasados de la humanidad; pero, ¿no es una de las peores características del mundo moderno? Hoy que se habla de comunismo,

*No se por qué te busco siempre, tal vez porque eres la unidad
de todas y sin embargo en ninguna te alcanzo (¡Única!).*

que lo distingue entre espesa neblina, algo distorsionado quizás por los efectos del vapor, pero inconfundible. Y cuando estira la mano ansiosa para asir ese ideal, la fi-

*Oh tú, oh tú, cómo llamarte
cómo llamarte, ¡Única!*

*Que después del último llanto me viste curado y me hieres
que después de la última herida me sanas y me reconcilias,
¿dónde hallarte definitivamente quieta y mía, cuándo
contemplarte secos los ojos que no quieren cambiar sus aguas?*

(Única)

* * *

La soledad es quizá la temática preferida de los poetas, seguramen-

Busco una soledad que prolongue la mía

exclama el poeta al declarar su amor. ¿Pero sí será fácil hallar la soledad gemela de la nuestra? No lo será tanto, si con tal afán la buscamos y con tan poca fortuna.

No solo las rebeliones sociales ocupan la mente de los hombres. ¡Cuántos habrá con deseos de detener el fantástico avance de las

y se piensa seguramente en términos de comunidad, ¿no prevalece en el alma de cada hombre, con fiera tenacidad, no el individualismo, sana manera de pensar y de actuar, sino el egoísmo, que desata las peores pasiones: ambición, avaricia, odio?

En *El transeúnte* se vislumbra la búsqueda de un ideal que parece no estar a la mano del poeta,

gura desaparece, y no queda sino la visión, esa adorada visión que le arranca al poeta lamentos angustiosos.

te porque ha sido, es y será, la permanente compañera del hombre.

(Declaración de amor).

ciencias y de la técnica! ¿Cuántos que ven acercarse la hora en que la esencia del hombre, la posibilidad y la realidad de ser, en su sentido humano, van a quedar aplastadas por el imperio del automatismo, de la mecanización? Cuántos no querrán, como el poeta, gritar en su declaración de amor:

*Ignora, ignora, la abierta noche de la ciencia
que hace malditos a los hombres,
la razón del pasado y la gran voz profética:
que en tu casa tendrás mimo para tu más nimia palabra.
Porque ya es hora de alabar la ignorancia voluntaria
que cifra el universo en el tambor de hilo,
en el más humilde surco
o en el cabestro sin grafía. (Declaración de amor).*

Hay en *El transeúnte* un grado bastante alto de escepticismo, posición anímica que Bertrand Russel defiende en su ensayo sobre los escépticos. ¿Será la vida algo sin importancia, tránsito apenas a otros

mundos mejores, o peores? ¿Valdrá la pena preocuparse por vivir, por mejorar, por progresar, si todo esto se ha de terminar un día, cuando la muerte, con su soplo alevé, venga y apague nuestra luz?

*¿Qué importa donde se nace,
ni donde se muere,
si con la muerte regresamos
a la cuna y con el nacer
aseguramos nuestra muerte?*

*Debemos mirar a cada hombre y llamarlo y tomarlo
de la mano y preguntarle de dónde viene, desde cuándo,
nunca hasta dónde va, porque lo mismo
sabe que tú, que yo, que nadie.*

*¿Qué soy, sino —por fin— el que viaja con otros
que no saben de dónde vienen
más que evacuados de una mujer,
ni a dónde van
sino a ocupar el sitio que su sombra señala? (Tránsito).*

El transeúnte es pequeña pero inmensamente valiosa joya de la

poesía contemporánea. Y de siempre.